

La Torre de la Plata

Cuando allá por las cumbres de Carteya, el sol se hundía en el inmenso océano de cienas, ocres y amarillos sangrientos que se confundían con las infinitas olas de olivares terrosos, Gregorio Baena, desde la atalaya de la Torre de la Plata, atisbaba las últimas luces de un crepúsculo que a manera de S.O.S. reclamaba nuestra atención en la Torre del Puerto. ¿Era la desesperada llamada del Alcaide de los Donceles ante el peligro del asedio de Boabdil a su plaza fuerte de Lucena?. La Torre de las Atalayas, en Cabra, había captado las señales de guerra en la fortaleza de Lucena, aquel atardecer del día 20 de Abril de 1.483, y a su vez las trasmitía en un **morse** de hachas flameantes a los fortines próximos en solicitud de ayuda.

La Torre de la Plata, levantada en los declives que miran al N. de nuestra sierra Abrevia, junto a la cañada de la Plata, manantial y antiguo camino del mismo nombre, y de la milenaria ciudad de "El Laderón", guarda y vigila este viejo camino que une a Baena con Cabra, bordeando las vaguadas de la sierra. Sus desgastadas y carcomidas losas de piedra caliza,

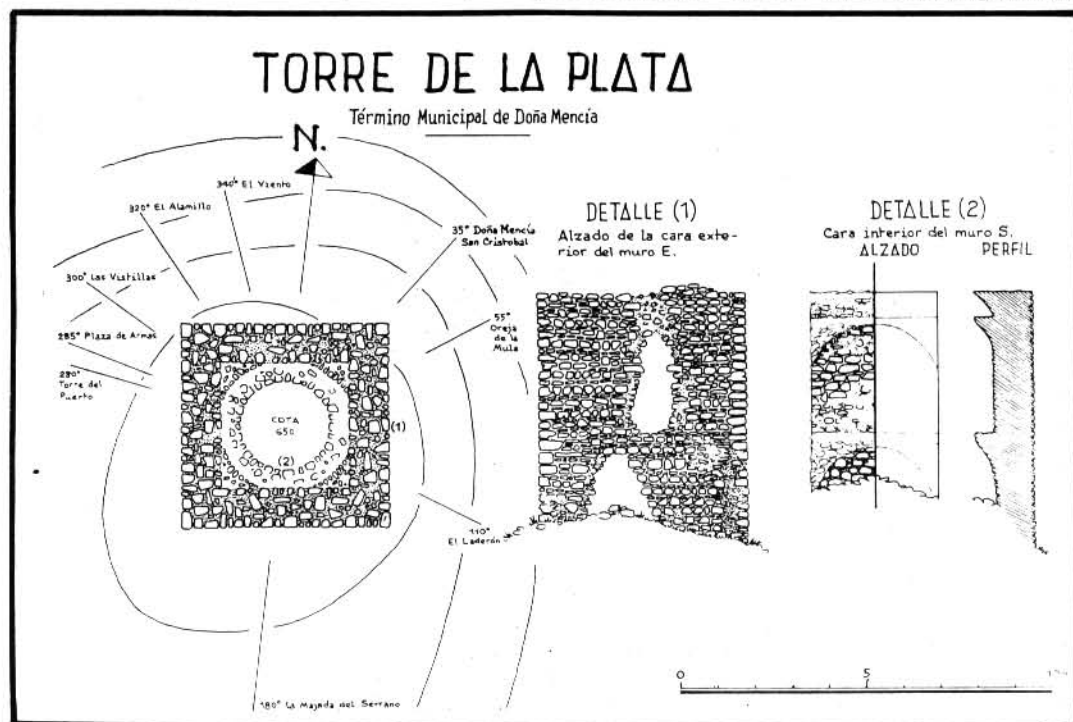
debieron soportar el paso de comerciantes griegos y fenicios, de los bravos ejércitos de los Barcas, de los heroicos de Viriato, de las devastadoras tropas de los Escipiones, de los terribles mercenarios de César y Pompeyo, de los invasores moros y bárbaros, en fin, de las mesnadas de Baena, Luque y Doña Mencía para marcar el hito histórico de la batalla de Lucena frente a los granadinos.

Esta torre, pese a no gozar de un emplazamiento dominante, sin embargo, su situación es de capital estrategia por avistarse desde ella toda la alta campiña cordobesa, y encontrarse rodeada de abundantes restos arqueológicos, del Llano Medina, hábitat-necrópolis, mudo testigo del Bajo Imperio Romano, la envuelve y rodea en sombras de pasados que se hunden en la historia de la romanización. Del Henazar, que canta sus misterios con signos latinos de buenos augurios a los caminantes, y bellísimas leyendas olvidadas o desconocidas. De la Majada del Serrano, restos de bastión ajado por batallas y el tiempo, piedra fría de mortaja para heroicos turdetanos que se confunden y permanecen con el perfume de la mejorana, el tomillo y la

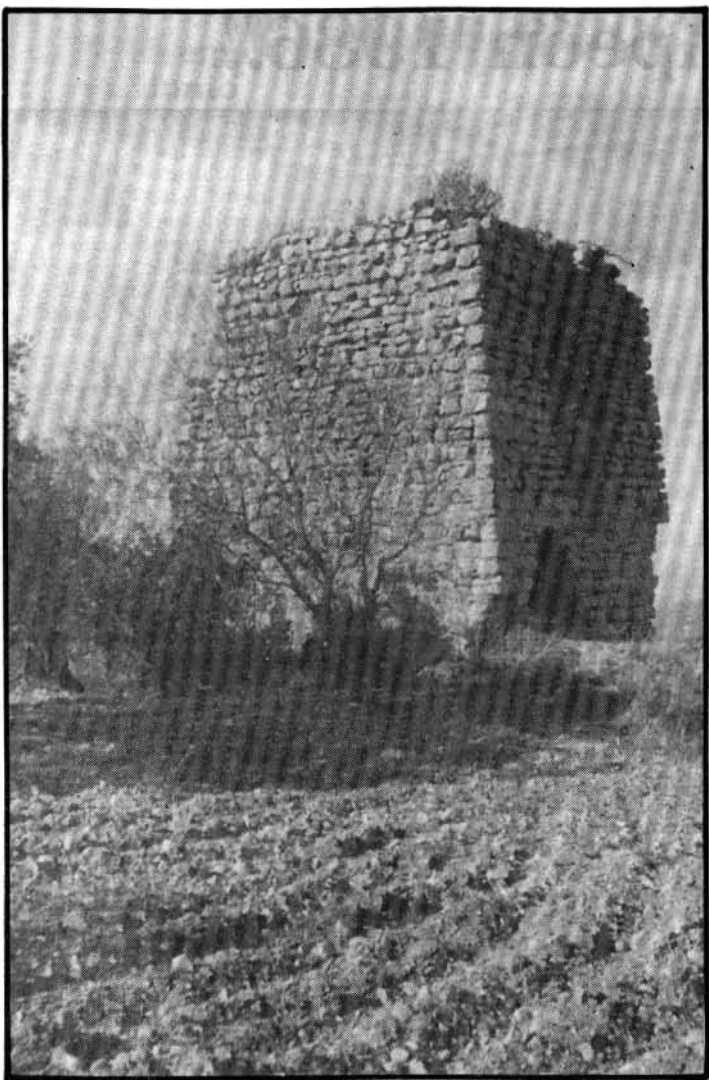
jara; fuerte adelantado del misterioso Laderón. Y del Laderón, imponente **tell** y legendario **oppidum**, que nos recuerdan las grandiosas ciudades-estados del Próximo Oriente y del Mundo Egeo, factoría de comerciantes y mercaderes, y enclave de resistencia que Roma tuvo que soportar y finalmente arrasar.

Fernando y Gregorio, habían terminado de recoger las dimensiones y medidas de esta torre de forma prismática, de 5'7 metros de lado en la base, herida en sus muros exteriores por la tenaz higuera y el eterno temporal del sudoeste. Desde su atalaya desdentada, a siete metros del suelo, divisamos a 35° el pueblo de Doña Mencía y su Castillo medieval; en la misma dirección el recinto fortificado del cerro de San Cristóbal —punto dominante desde el que se divisan: la Torre Morana y el Castillo y la ciudad iberorromana de Torreparedones—; en los 55° el fortín iberorromano de la Oreja de la Mula; en los 280° la Torre del Puerto; el poblado fortificado de Plaza de Armas en los 285°; en los 300° el recinto ibérico de Las Vistillas; 320° la fortificación ibérica del Alamillo y en los

340° el recinto amurallado de El Viento. En su interior, ruinoso por la acción erosiva del tiempo y el afán destructor del hombre, muestra todavía las pechinas de sustentación y los arranques de dos cupulitas: Una inferior, que cubriría la planta baja, y la otra, a unos tres metros más arriba, techaría el primer piso; construidas por aproximación de hiladas a base de lajas de piedra o ladrillo. Sólo el muro E., a la altura del piso superior, se abre en una especie de ventana o puerta de acceso semidestruida, por la que entrarían y saldrían los defensores mediante una escalera de quita y pon. El aparejo de los muros está compuesto de hiladas de sillares sin apenas tallar, salvo los de las esquinas que son casi perfectamente prismáticos, y entre estas alineaciones de sillares se intercalan otras de lajas de piedra. Estos sillares de regular tamaño, oscilan entre los más voluminosos — 0,6 x 0,3 x 0,3 metros— y las pequeñas y delgadas lajas de piedra. En algunas zonas de los exteriores del muro se pueden apreciar, aún, un tipo de cemento que ensamblaría los sillares entre sí; en el interior, éste es patente.



La **plata**, vocablo de sabor oriental, de timbre omeya... Gómez Moreno, no ha dudado en darle un origen árabe. Para este erudito, significa **pavimento** y se pronuncia **balath**. Llama la atención la homofonía del nombre árabe en relación con **plata** y su significado de **pavimento**. Con este sentido se han formado una serie de topónimos españoles, así, Albalat (Valencia), Albalate (Cuenca, Guadalajara, Huesca y Teruel), Albalatillo (Huesca). Aún, hoy, en Siria, se conoce con el nombre de "BaLaTa", el camino que aparece enlосado con piedras irregulares y grandes. **Camino de la Plata**, no es más que una redundancia, puesto que significa **Camino del Camino empedrado**. La Torre, mina-



rete de la ciudad desaparecida, de este camino empedrado, llama a oración todos los atardeceres a sus lejanos y fantasmagóricos habitantes. La soledad, el olvido, el confinamiento han sido sus aliados que la han permitido subsistir y perdurar a lo largo de los siglos y de las civilizaciones.

Todo el **campus** del Llano Medina, aparece plagado de restos de ladrillos (lisos o estampados), sillares (rústicos y bien tallados), trozos de **opus coementicium**, tégulas e imbrex, y cerámicas que nos narran acontecimientos desde los turdetanos o iberos (por sus cerámicas de engobe, bruñidas, espatuladas, con decoración geométrica, de tradición fenopúnica...), pasando por los romanos (por sus **sigillatas**, comerciales, campanienses...), hasta los árabes (por sus vidriadas, con decoración de filetes, o las de motivos en relieve de **sebka**,

ataurique...). Son los restos, la huella de unos siglos de hábitat intenso e ininterrumpido en la Torre de la Plata, del paso de legiones, campesinos y comerciantes; son los tristes despojos, pero al mismo tiempo la muestra de grandeza y tesón de un pueblo indestructible.

Los últimos destellos del agonizante astro, resplandores pavorosos del incendio devastador, reverberancias tímidas del pueblo que anochece, fragor del combate que termina entre cesarianos y nazaritas. La Torre de La Plata, obelisco sin firmamento que se hunde en las sombras del espacio y el tiempo, allá en las entrañas de la Sierra, entre la cañada y el recinto, entre la cornicabra y el olivo... La lechuza gime en la piedra y el gato montés maulla en la espesura de la noche.

Alfonso Sánchez